

habia entresacar de los pocos que habian quedado del uso antiguo de las Sinagogas, peregrinando y reconociendo por sí mismo todos los santos lugares, acompañado de hombres muy prácticos y sabios, que lo pudiesen informar de todo y aclarar sus dudas, se dedicó con el mayor tesón á trasladar del hebreo al latín todo el Testamento Antiguo, y á restituir el Nuevo á la fidelidad de los mejores códices griegos. Y de aquí se ha de tomar la exacta correspondencia de la Vulgata latina con los originales, y no de los códices que conocemos en nuestros días, que suponemos sufrirían nuevas y mayores variaciones, y que no son ciertamente de aquellos que pudo tener el santo á las manos, como queda ya notado en la disertación preliminar. Y por estos mismos fundamentos hemos de creer que se movió S. Dámaso á acreditar esta traslación, mandando, por medio de una Decretal, que se leyese en la Iglesia y usasen de ella los católicos; y así fué recibida de común consentimiento por la Iglesia latina. Sabemos también que S. Gregorio el Grande la calificó de fiel en todo, y conforme con el original: que S. Isidoro afirmó que ya en su tiempo usaban de ella todas las Iglesias, y que por todas estas razones el Concilio de Trento, con preferencia á los textos hebreo y griego que ahora existen, la declaró justamente auténtica, mandando que se venerase como tal, y como regla infalible de la fe, y que no contenía cosa alguna contraria á la misma fe y buenas costumbres, y que por lo tanto se le debía dar entera creencia.

Para el mismo efecto de que se conservase en su mayor pureza, los papas Sixto V y Clemente VIII trabajaron con increíble zelo para que de la referida Vulgata se hiciese una edición la mas correcta que fuese posible, nombrando para esto los hombres mas eminentes en ciencia y doctrina que á la sazón se conocían: y á costa de un sumo estudio y vigilancia, se consiguió por último en la segunda edición romana de Clemente VIII el año 1593. Esta ha servido después de original á las otras impresiones, y es sin disputa la mejor que tenemos de la Biblia, aun por confesión de los mas doctos y menos preocupados protestantes. Es notorio también que se tuvo la misma mira para ordenar que la Biblia, y los otros Libros sagrados solamente se pudiesen imprimir en la Imprenta Vaticana, y la dificultad que halló el rey Felipe II para que se repitiese la impresión en Amberes. Merecen particular atención las cláusulas con que esto se concedió, y que pueden verse en la bula que para este fin se expidió. Por manera que los católicos, en fuerza de lo que llevamos alegado, deben mirar y tener á la Vulgata latina, no ya como una simple traslación, sino como un perfecto original en que se contiene la Palabra de Dios, digno por tanto de su mayor aprecio.

§ III.

ECONOMÍA Y CIRCUNSPESCIÓN QUE SIEMPRE HA USADO LA IGLESIA EN QUERER A PERMITIR LA LECTURA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS EN LENGUAS VULGARES, VERSIONES ANTIGUAS HECHAS POR LOS CATÓLICOS, Y OTRAS MAS MODERNAS POR LOS HEREJES PARA OPONERLAS Á LAS DE LOS HEREJES.

Y si la Iglesia católica se mostró tan zelosa respecto de una traslación de la Biblia en una lengua erudita, todo por satisfacer fielmente al encargo de mantener en su pureza aquel sagrado depósito, y precioso tesoro, que habia confiado á su custodia su divino y celestial Esposo, y suponiendo que solamente serviría para el uso y manejo de los mas instruidos y capaces, ¿cómo hemos de creer que mirarla con indiferencia su traducción en lenguas vulgares para uso común de los pueblos? Veamos, y examinemos cual ha sido su prudente circunspección y economía en esta parte. Es constante que al paso mismo que la religión cristiana se fué propagando, y estuvo ya de asiento en varias naciones, se hicieron diferentes versiones de la Biblia en sus respectivas lenguas vulgares, como dejamos notado, y puede verse en la citada Disertación preliminar, § III: y esto con el fin de que todos con la debida preparación de sus corazones, y con la necesaria exposición de sus pastores, pudiesen percibir mas de cerca las verdades de la Religión que habian abrazado, y la pureza de costumbres en que se habian de ejercitar. La Iglesia en tales ocasiones, como madre piadosa, que conoce las necesidades espirituales de sus hijos, y desea eficazmente acudir luego á socorrerlos, é igualmente que sabe, como, donde, y á quienes se deben repartir los dones y gracias del Señor y de su Esposo, acomodándose á las circunstancias de los tiempos, usaba de mayor ó de menor indulgencia en esta parte, no permitiendo generalmente lo que dañaba á los indignos por su mala disposición, ni condenando absolutamente lo que puede traer mucho provecho á los dignos; y tomando para esto las sabias

providencias que tuvo por convenientes, nunca prohibió enteramente las traducciones católicas de la Biblia en lenguas vulgares; pero tampoco concedió la publicación ó lectura de alguna de ellas sin sus limitaciones y excepciones.

Por esta misma razón ordenaron los célebres diputados del Concilio de Trento, y establecieron sobre esta materia lo mismo que deseaban antes muchos sabios: y su ordenación y determinación fué confirmada por la suprema autoridad, conviene á saber, que las santas Escrituras antes que estuviesen fieles y católicamente traducidas, sin embargo no pudiesen leerlas indistintamente todos, ni fuese permitida su lectura, sino á aquellos que tuviesen expresa licencia para hacerlo de sus legítimos ordinarios con buenos testimonios de los curas ó confesores de ser personas humildes, discretas y devotas, y de tales circunstancias, que pudiesen sacar mucho provecho y ningún daño de su lectura. *Index lib. prohib. Reg. IV.*

Esta sabia disposición es muy conforme á la práctica de los primitivos felices tiempos de la Iglesia: porque no nos hemos de imaginar que en los primeros siglos todo aquel que entendía las lenguas sabías en que se escribieron las Escrituras, ó los otros idiomas en que fueron después trasladadas, podía inculablemente ó sin reprehensión leerlas, disputar sobre ellas, revolverlas y manejarlas. Ni habia antes de la invención de la imprenta medios tan fáciles, como ahora, para extender, y poner sus copias en manos de todos. Estaban estas en librerías, colegios é Iglesias: en las casas y en las manos de los obispos, de los presbíteros, y aun en las de algunas principales ó distinguidas personas segas, las cuales usaban de ellas con temor y reverencia, leyendo con particular atención aquellas partes ó capítulos que mas conducían á la buena vida y costumbres, no entrando en la profundidad de los misterios, ni en los lugares de mayor dificultad, porque todo esto estaba reservado para tratarse en la escuela ó en el pulpito, y esto se hacía con mucha moderación. Y de aquí resultaba el grande provecho que experimentaban las almas leyendo las Escrituras; porque buscaban en ellas las historias, que presentan señalados ejemplos y modelos de castidad, de humildad, de obediencia, de fortaleza, de clemencia, de pobreza y de menosprecio del mundo; notaban y meditaban con todo cuidado aquellos textos y pasajes, que infundían en sus corazones el odio del pecado, el temor de los juicios de Dios, y la alegría ó consuelo espiritual: y en los obscuros se sujetaban ó recurrían al sentir de los antiguos padres; sin atreverse jamás á discurrir, y mucho menos á contradecir ni enseñar segun su opinión y fantasía. Y para este fin emplearon sus grandes talentos y vigilias en traducir literalmente y con suma exactitud las sagradas Escrituras, los que en aquellos tiempos se aplicaron á una tarea tan importante y tan dichosa. Véase el Concilio de Trento; S. Jerónimo, *Epist. 103, cap. 6, ad Paulin., et in Proem. ad 4 Evang.*; S. Gregorio Nazianz. *De Moderat. in disput. arrenda*; S. Juan Crisóst. *Hom. 24 in Matth.*, y otros padres.

Los herejes y otros espíritus perversos, para desacreditar esta prudente economía de la Iglesia, declamaron contra ella, y gritaron libertad, diciendo que Dios dejó sus Escrituras para el uso y lectura libre de todos los hombres, y que los sacerdotes por envidia guardaban para sí este santo Libro, y se usurpaban el derecho de interpretarlo, siendo así que cada particular podía hacerlo, sin necesidad de otro. Y conforme á este modo de pensar, dictado por aquella misma astuta serpiente que engañó á nuestros primeros padres, cuando les sugirió que Dios les habia prohibido comer del árbol de la ciencia, para que no fuesen tan sabios como él, y semejantes al Altísimo: se entregaron á hacer y multiplicar versiones de la Biblia en lenguas vulgares, y sin respetar el verdadero y genuino sentido é inteligencia de la Iglesia, y de sus padres y doctores, la interpretaron arbitrariamente, forzando sus expresiones, para acomodarlas á su propio espíritu y capricho, con el fin de mostrar á los pueblos que en su autoridad tenían apoyo todos sus errores. Los católicos, al ver semejante desahucio, temeridad y arrojío, para oponerse por todas partes á la multitud de estas falsas é impías traducciones, ya desde el tiempo de Lutero la publicaron en los idiomas de casi todas las principales provincias de la Iglesia, con el fin de preservar á las almas que veían tan expuestas á ser seducidas por las prevaricaciones que habian hecho los herejes: porque en hecho de verdad, así como no hay libros mas perniciosos que los de semejantes versiones adulteradas y falsificadas, ni mas propios para emponzoñar al pueblo con pretexto de la autoridad divina; así también no se conoce medicina mas poderosa y eficaz contra este mal, que las que son verdaderas, fieles y sinceras, si se toma, y usa de esta remedio con orden, discreción y humildad. Los católicos, para, siguiendo el ejemplo y pasos de sus mayores, para hacer frente á una tan arrojada é intolerable osadía, se armaron constantemente á la letra del texto en sus traslaciones, y en su exposición no se apartaron un ápice del co-

man sentimiento de los padres, y de la tradicion apostólica; por cuanto si falta esta necesaria precaucion, no bastará, ni nada aprovechará, que la Biblia esté fielmente traducida. Los hombres curiosos y sensuales, que no tienen gusto de las cosas que son del espíritu de Dios, pueden de infinitos lugares tomar ocasion para caer en los mas groseros errores y precipicios. Aunque la letra ó el texto no los tenga, la interpretación Arriana, como dice S. Ambrosio lib. 2.ª ad Grcolas, los tiene; y lo mismo podemos decir de la Calviniana, Luterana, Zuingliana y otras. El sentido adulterado es tan peligroso, como el estilo corrompido. *Hilari. lib. 2. de Trinit. in princip.* La herejía y el error nacen no de lo escrito, sino de la mala inteligencia: la falta está en el sentido torcido que se le da, no en la palabra. S. Agustín, *de Baptism. contr. Donat. l. 3, cap. 19.*

Los herejes, y aun los mismos demonios, como se vió cuando el Señor permitió ser tentado en el desierto, pretenden tener á su favor las Escrituras, las alegan en abono suyo, y creen poseerlas á cubierto con su autoridad. Estos espíritus orgullosos dieron á los pueblos incultos y almas sencillas, que con facilidad pueden ser engañadas, por ley, voluntad y palabra escrita de Dios, sus falsas traducciones, sus malignas y sacrilegas composiciones, añadiendo, quitando, traspasando, etc. cuando esto podía favorecer á sus propias y particulares opiniones: osando negar la autoridad de unos libros, y haciendo dudosos otros que la Iglesia universal ha recibido por Escritura canónica. Y por este medio han logrado que el Evangelio, que en sí mismo es olor de vida para la salvacion, se haya convertido en olor de muerte para su eterna condenacion. Si el entendimiento está preocupado de una opinion erronea, todo cuanto la Escritura dice en contrario, se toma por una expresion figurada. Lejos hubieran estado de semejantes extravíos, si se hubiesen persuadido con S. Agustín que entonces tenemos la verdad de las Escrituras, cuando hacemos lo que ha parecido bueno á la Iglesia, cuya autoridad é infalibilidad son las que declaman su legítimo sentido: y que el que toma engañarse ó extraviarse en sus cuestiones obscuras y dudosas, debe preguntar al Concilio de la Iglesia, que es el camino de no errar ni de padecer engaño.

Pero es el caso, que los mismos herejes, cuando mas sinceramente interpretaban el verdadero sentido de la letra, afectaban con increíble hipocresía y falsedad, no apartarse un punto de ella en sus traducciones, despedazándose unos á otros, y censurándose con la mayor mordacidad por haberla adulterado y corrompido. Calvino y sus secuaces se lamentan de este abuso, y llegan á afirmar que el demonio ha ganado mas por estos nuevos traductores, cuyo número y audacia se aumentan cada dia, y ha causado mayores daños por este medio, que los que hizo antes, teniendo escondida al pueblo la Palabra de Dios. Ponen á Castellan por ejemplo de tan execrable maldad, y exhortan á todas sus iglesias y estudiantes á que no lean su traducción, diciendo que en ella se burla, y mofa de lo que Dios nos reveló, y dejó por escrito. Así le critica y condena, al paso mismo que ellos y los Zuinglianos, cuyas versiones detestó Lutero por la misma causa, no desempeñan ni manejan la materia con mayor fidelidad, gravedad y sinceridad que los otros, antes bien con mayor atrevimiento falsifican, truncan y adulteran las Escrituras, como dice el Apóstol. Cuantos estragos haya causado en la Iglesia esta sacrilega libertad de los herejes y de otros espíritus pagados de sí mismos, y de sus singulares opiniones, por tan sabidos y notorios, no es necesario que nos detengamos para ponderarlos en este lugar. Pueden verse en los autores, que de propósito han tratado esta materia, y mayormente en el prólogo de la version del Testamento nuevo, hecha por el colegio inglés de Calábria en Rheims, de donde hemos tomado muchas de las reflexiones que dejamos hechas, como que contienen una doctrina muy sólida é importante, que sirve de apoyo y de fundamento para lo que vamos luego á declarar.

§ IV.

OTRAS VERSIONES HECHAS POR CATÓLICOS EN PARÍS, EN DONDE NO SE HA DADO LIBRE ENTRADA, NI PERMITIDO ALBERGUE PÚBLICO Á LA HEREJÍA.

A MAS de las versiones de que hasta aquí hemos tratado, se han hecho otras en nuestros tiempos, y en los anteriores, trabajadas por católicos en países en donde, por la misericordia de Dios, nunca se ha dado albergue público á la herejía, ni permitido que cundiese el menor error en materia de dogmas. Sus autores, llenos de zelo por la edificación y aprovechamiento de las almas, por la reforma de las costumbres en el pueblo cristiano, y para que en él no se oyese sino una

doctrina sana, evangélica, y verdaderamente digna de la profesión que hacemos en el bautismo, ajustándose en todo á las reglas ordenadas por la Iglesia, han publicado excelentes traducciones, y en la declaración del texto se han esmerado en darnos un sentido enteramente conforme al espíritu y máximas de la misma, poniéndose delante lo que declararon sus primeros padres y exposidores. Dignas son por tanto sus tareas y vigilias del mayor honor y aprecio de todos los Católicos. Pero aunque todo esto no admite duda, sin embargo al considerar lo que con alguna difusión hemos expuesto hasta aquí, por la mayor parte las halló algun tanto reprehensibles. Advierto entre otras, en las que comprendo las francesas, que no sean antiguas, las Italianas, y las de otras naciones católicas, unas en las que sus autores no cuidándose mucho de las palabras del texto, solamente atendieron al sentido de ellas: se va en otras interpolado todo el texto con palabras, y frases de los mismos traductores, con el fin de que la sentencia quede sin oscuridad, y estilo, y cláusula, corrientes, elegantes, y sin que puedan ofender á los oídos y á otras finalmente, en las que, aunque no se han tomado tanta licencia, pues van siguiendo la letra mas de cerca, esto no obstante no pueden dejar de ser notadas de algo libres: por manera que apenas se hallará una sola exenta de esta nota. Yo admito verdaderamente, y no puedo menos de elogiar hasta lo sumo el conato y los desvelos, con que se han aplicado á desempeñar una obra de tanto mérito, por ser tan útil al servicio de Dios y de su Iglesia; pero al mismo tiempo digo, y protesto ingenuamente, que no encuentro una razon sólida por la que, en cuanto al verdadero método de traducir las divinas Escrituras, hayan preferido abandonar la estrecha senda y límites, que por respeto al autor de ellas se propusieron, y religiosos, exactos, y aun servilmente siguieron sus mayores, y se hayan inclinado á traspasar aquellos límites, para tomar un camino ancho, que ellos no trillaron ni conocieron. Quisiera yo ahora que de buena fe me confesasen, ¿cuál ha podido ser la causa de tan extraña novedad? Yo, en cuanto alcanzo, procuraré descubrirla aquí sin robo, para que desengañados recojamos velas, y reconociendo una especie de abuso en una materia tan delicada y escrupulosa, lo enmendemos, y volvamos sobre los pasos de nuestros padres, traduciéndolas con la misma precisión, y puntualidad, con que ellas lo hicieron, cuando se trataba este divino Libro con la mayor veneracion y respeto. La principal gloria y loor que merecieron, y pudieron dar á nuestra lengua nuestros primeros y mas acreditados traductores de la Biblia, (cada cual podrá aplicar lo mismo á la suya, con respecto á su mayor ó menor extension) fué hacer ver que era capaz de poder ser trasladada en ella casi palabra por palabra del latín, del griego y aun del hebreo. Pues ¿por qué nosotros hemos de querer despojarla de esta singular prerogativa y preeminencia, y como si desde aquel tiempo hubiera quedado coja, ayudarla con muletas, y sostenida con puntales, para que no dé con la carga en tierra? Dejemos á otras naciones que usen de semejantes apoyos y licencias, que en ellas son no solamente disimulables, sino tambien necesarias, por saltarles enteramente en su propia lengua los recursos y arribos, que tenemos en la nuestra, para poderlo hacer con la exactitud que requiere la palabra de Dios, y con la misma gravedad, oscuridad, ó sencillez que en él tiene. En prueba de la verdad de mi asercion estos preciosísimos antiguos monumentos, que se conservan cuidadosamente en las reales bibliotecas del Escorial, y de Madrid, y en otras; esas versiones manuscritas de la Biblia, hechas en nuestra lengua, del hebreo, del griego, y del latín, y hallarán que todas, todas sin excepcion, están trabajadas tal vez servilmente sobre la letra de los textos. Revuelvan y mediten bien las de Ferrás, de Casiodoro Beyna, de Cypriano de Valera, de fray Luis de Granada, de fray Luis de Leon, de Montanos y de otros muchos, y tocarán la verdad de lo que aquí decimos. Tomen en las manos las antiguas francesas, Italianas, Inglesas, y las de otras naciones, y verán que no siguieron otro camino, y que, á trueque de ser fieles, quisieron muchas veces parecer bárbaros y defectuosos en sus propios idiomas. ¿Pues de dónde puede traer su origen esta novedad de ensanche y licencia, que han adoptado los modernos traductores? Entiendo que de ninguna otra parte, que de la que empezaron á usar los Franceses en el reinado de Luis XIV. Estos, siguiendo esa natural franqueza y libertad, hicieron excelentes traducciones de casi todos los escritores profanos, en términos que acrecentaron la admiracion é imitacion de las naciones mas cultas. Pero como para hacerlas sin esta libertad, y como se debe, de los divinos Libros, no hallaron facultades suficientes en su propio idioma; y no pudiendo sufrir por otra parte sus dolencias oídos los barbarismos, oscuridad, desaliño, falta de conexcion, de estilo y de elegancia, que resultaban, echaron por un extremo, y tomando un camino de rodeo, ensancharon los límites de este divino libro, que el Señor quiso que nos quedase cerrado y bien sellado. Siguiéron para trasladar las

divinas Escrituras el mismo estilo, que habian adoptado cuando lo hacian con los autores profanos; y entendiéndose prontamente por todas partes sus traducciones de la Biblia, fueron estas admiradas y alabadas como las otras; y desde esta época los que se aplicaron á este género de trabajo, se las propusieron como unos perfectos modelos, en tanto grado, que, no hallando el mismo sabor en las que no se les parecian, las despreciaron, y dieron de mano, declarándose pagnegiristas, padrinos y protectores de las francesas modernas. No pretendo por esto quitar ó disminuir el mérito de sus autores; yo mismo los reconozco dignos de todo elogio, y en la exposicion y notas con que los enriquecieron, respíandose ciertamente una piedad y doctrina muy sólida, moral muy ajustada, y sentidas enteramente católicos: pero al mismo tiempo me veo en la precision de desaprobear su modo libre de traducir, y creo que harán lo mismo cuantos sin preocupacion quieran ponderar la fuerza de las razones, que vamos á proponer. Supongamos que algun curioso, y muy diestro en sacar copias de las mas excelentes pinturas, se propusiese el hacer una de alguno de los mas acabados y celebrados cuadros de Rafael de Urbino. ¿Podría esto tal, á título de dar mayor expresion á lo que él creyese que no la tenia, quitar, y poner en ella segun su fantasia, dar mayor ó menor viveza á los colores, numentar ó disminuir claros y oscuros, corregir el diseño, la proporcion, los contornos, como mejor le pareciese? Me persuado que ninguno le concedería esta licencia, porque, en tal caso, mal se podría decir que era un perfecto y fiel traslado de aquel original. Se diría solamente que se le daba algun aire, que en el fondo se veian y enojocian rasgos de Rafael de Urbino, pero que se descubrian, y notaban allí muchas cosas, que no eran de su invencion. La fidelidad y perfeccion de un traslado no deja conocer, si, puesto al lado del original, no se puede fácilmente distinguir, cual es el traslado, y cual el original. Pues si en la pintura se requiere toda esta exactitud respecto de una copia, para que quede calificada de serlo fiel y verdadera: ¿cuánto mayor no será necesaria para trasladar la Palabra de Dios, y para que se exponga á la vista de toda una nacion, pura y sin mezcla de otras palabras humanas? Esta es la razon de haber mostrado la Iglesia siempre tanto zelo por la custodia é integridad de los divinos Libros, en que nos es anunciada; y esta es tambien la que poderosamente movió á los mas pios y doctos antiguos traductores, á que se sujetasen y ciesen, cuando pudieran, á la letra, por temor de alterarla, de coartar ó de determinar su sentido. En una palabra, no temieron ni dudaron, por seguir la *imagen de la subiduria*, que en ella se esconde, parecer bárbaros é idiotas en su propia lengua. Tanto mas, que las palabras hebreas (y lo mismo podemos decir de las griegas y latinas) pierden su fuerza, cuando son trasladadas en otra. Y no solo estas, sino tambien la misma ley y los profetas, y las de los otros libros, no tienen pequeña diferencia, cuando se enuncian en aquella en que originalmente fueron escritas. *Ecclesi. Proleg.* En atencion á lo cual Noldio, en la advertencia al lector sobre las concordancias de las particulas Hebreo-Chaldaicas, no duda llamar temerarios y arrojados á los que, alterando lo escrito, se apartan de su verdadero sentido, ni afirmar que por esto incurrén en la divina indignacion. Y apurando mas la materia, añade lo siguiente: Por tanto, todos han de procurar, y principalmente los sacerdotes, aplicarse á las lenguas orientales, para no llegar á interpretar cosa alguna, sin haberla bien antes examinado, y cotejado con las fuentes originales y lugares paralelos, valiéndose para esto de las concordancias y de otros subsidios: con lo que puedan quedar asegurados que nada ponen de mas ni de menos, ni que introducen ó substituyen en este santo depósito de Dios una palabra humana á la divina. Y pluguiera al Señor, proveyera aun, que no conociera esto frecuentemente á los que se aplican á trasladar los divinos Libros, sin atender á las fuentes! Es tan grande la necesidad de entender el uso de las particulas del texto sagrado, que sin esto de ningun modo podrás alcanzar su sentido: y esto en tanto grado, que muchas veces por sola una palabra, y aun por sola una letra, no solamente se llega á alcanzar el verdadero, sino que se aclaran en muchos lugares gravísimas dudas, y se desembarazan las que parecen antilogias, ó las inverosímiles, y se resuelven cuestiones ó controversias muy difíciles. Y conforme en todo á esto, aunque puede admitir tambien otro sentido, dijo san Basilio, en *Prolog. de Spiritu Sancto*, sobre la sentencia del Salvador, que expusimos al principio: *si de tui vides littera, si, si pía respicit ad reprobos, non ad ipsos scripta est, sed ad ipsos qui non vident; si non parat una fons, et una tilde de la ley; ¿cómo podremos nosotros despreciar con seguridad aun las cosas mas pequeñas?* Tal es la gravedad de los divinos Oráculos; y tal la diligencia y exactitud que se requieren para interpretarlos!

§ V.

NO SE ENTIENDA POR ESTO QUE PARENDAMOS CONDENAR LAS VERSIONES PARAFRÁSTICAS: PERO DAMOS EL PRIMERO LUGAR Á LAS MAS PURAS Y LITERALES, Ó QUE MAS SE ACERCAN Á ESTO.

Ni por lo dicho hasta aquí se debe creer que nuestro intento sea censurar, y mucho menos condenar las versiones parafrásticas admitidas por la Iglesia, pues sabemos que ya de tiempos antiguos han tenido mucho uso en ella, y que por otra parte hechas en sentido legitimo, y tomado del mismo texto, pueden traer conocidas utilidades y ventajas; pero al mismo tiempo estamos muy distantes de conformarnos con el dictámen de los que sienten que deben preferirse á las literales. La version del texto, por el respeto que esto se merece, de ningun modo debe ser interpolada; póngase la literal por basa de la parafrástica, y dese esta separada de aquella. Yo sé que la primera será menos elegante, menos armoniosa, y que á oídos delicados contentará menos que la segunda; pero será mas conforme á lo que buscamos y necesitamos. Estoy muy cierto que sentirán conmigo, y aun hallarán mayor satisfaccion y gusto, los que se hayan familiarizado con las antiguas, tanto nuestras como extranjeras, mayormente si lo han hecho con alguna noticia ó conocimiento de las lenguas originales en que fueron escritas, ó de los eruditos en que fueron fielmente trasladadas; y si no sienten, es sin duda porque no se han recreado ni tenido trato con otras que con las francesas no antiguas, ó con las que se han hecho sobre ellas, teniéndolas por modelos.

Es esta una materia de tanta consideracion y peso, que sería muy de desear que por pública autoridad se estableciese una Junta, compuesta de los hombres mas eminentes en piedad, zelo, religion, solidez y extension de todo género de conocimientos de ciencias humanas y divinas, los cuales, tomando muy á pecho esta dificultosísima empresa, se juntasen en dias y horas determinadas: y que, leyéndose un versículo de la Biblia desde el primero, y su correspondiente traslacion, percibiendo bien todos, no se pasase al segundo, sin haberse pesado antes con la mayor ponderacion todas sus palabras, y sin que quedase aprobada unánimemente por todos. Para esto cada uno podría decir libremente lo que entendiese, y poner todos los reparos que se le ofreciesen, teniendo á la mano las principales versiones antiguas, tanto Mss. como impresas, para ponderar, escoger y sustituir las palabras y expresiones que se juzgasen mas propias y convenientes, de mayor fuerza y energia, que guardasen mas puntual y fiel correspondencia con la letra del texto, prefiriendo las que sin faltar á esto conservasen mas bien la armonia y elegancia de la lengua; pero que, en el caso de haberse de faltar á lo uno ó á lo otro, tuviesen paciencia los ojos nimiamente melindrosos, y se pasase por encima de la censura de los puristas y académicos. Todo esto y mucho mas merecen aquellas divinas palabras por el respeto debido al supremo Autor, que las inspiró ó dictó. Son admirables, de mucha enseñanza, y muy á nuestro propósito las de un protestante muy docto y moderado, que quiere copiar aquí, para que por ellas vean todos, como sienten en este punto sus aquellos mismos, que tanto discurrían de los Católicos en dar el sentido propio y legitimo á las palabras. « Nous avons cité pour l'ordinaire celle (la version de l'Ecriture) qui est reçue dans nos Eglises: non que nous la regardions, comme la plus française, et la plus élégante, mais parce que nous la croyons la plus littérale, et la plus conforme à l'original. Les barbarismes dont nous avouons qu'elle est remplie, ne doivent pas la décrier. Elle pèche contre les règles de la langue française, parce qu'elle a suivi trop servilement le génie de l'Hebraïque et de la Grecque. Si elle n'est digne de l'approbation des puristes et des académiciens, elle mérite la vénération des théologiens, et l'estime des critiques. » *Salmis, Discours Historiques, critiques, etc., dans la Préface, pag. vi.* Por todo lo cual creemos que las versiones literales deben llevarse la preferencia.

§ VI.

EN UNA NACION CATÓLICA PARECE MAS CONVENIENTE QUE HAYA UNA SOLA VERSION LITERAL DE LAS ESCRITURAS EN SU RESPECTIVO IDIOMA. CONCLUSION DE ESTA DISERTACION.

Pero ya oigo que me me dice que todo lo que con alguna difusion hemos alegado, nada tiene que ver, con que en una nacion católica pueda haber una ó muchas versiones de la Biblia, pues pueden ser literales, y tener en este caso la libertad de escoger cada uno la que entre ellas se-

gura su juicio fuere mejor: así como en el ejemplo propuesto no había el menor inconveniente de que se hiciesen multiplicadas copias de un cuadro de Rafael de Urbino, y que se diese la primacía á aquella que le fuese mas parecida. Yo vendría en esto, por lo que respecta á todo otro libro, y fuese el que fuese, á excepción de este divino que dictó el Espíritu Santo. Convendría también en ello, aun por lo que hace á este mismo, si después de haberse trabajado muchas diferentes versiones suyas, antes de publicarse, fuesen presentadas á la junta de los primeros sabios que hemos insinuado, y reconociéndolas todas una por una con la mayor proflijidad y severo exámen, y dando la preferencia á la que bajo las condiciones y circunstancias referidas la mereciese, esta sola se publicase, y esta sola de nuevo se reconociese y apurase, siempre que se hubiese de repetir su impresion, para que cada vez comparciese mas pura, correcta y ajustada. Ningún inconveniente hay, del cual pueda resultar daño de algun momento, de que se saquen quantas copias sean imaginables de un cuadro de Rafael de Urbino, buenas, malas ó medianas, en las que cada uno, siguiendo su propia fantasía, añada, quite, corrija como quiera, ni en que sean ó no parecidas al original, y estén expuestas á la vista y censura de todo el mundo. Los inteligentes harán á cada una la justicia que merezca, y por la calificación de estos merecerá mayor ó menor aprecio para la venta; y esto parará aquí, sin que tenga otras resultas. Pero nuestro caso es muy diferente. Publíquense muchas y varias versiones del texto de la Biblia en lengua vulgar de una nación, en las que cada uno para hacerlas haya seguido su genio, gusto y estilo particular: extendidas estas, y puestas en manos de todos, doctos, indoctos, humildes, soberbios, sencillos, maliciosos, dóciles, protervos y pertinaces; ¿no es cierto que se pueden temer gravísimos perjuicios y extravíos de su uso indiferente ó ilimitado? Apelo á la experiencia de todos los siglos desde el establecimiento mismo de la Iglesia: apelo al sentimiento unánime de los padres que siempre han reprendido con fuerza como un abuso, que todos indistintamente keyesen, expusiesen y hablasen de las Escrituras, que sean hechas por hombres doctos, católicos y pios, siempre que estos no lleven la principal mira, en que, siendo la Palabra de Dios en si misma una, eterna, inmutable; cuando fuere copiada ó trasladada en otra lengua, por ningún título quede con los menores vicios ó sombras, que la hagan parecer diferente de lo que verdaderamente es en aquel original, en el que quiso el Señor que fuese comunicada á los hombres.

Quiero aun añadir algunas otras razones, que pueden ser eficaces para convencer, y confirmar lo que vamos diciendo. ¿O estas traducciones son hechas por Católicos con todo esmero, y puntualidad, y conforme á lo establecido por la Iglesia ó no? Sino lo son, estamos fuera del caso, pues por el mismo hecho no se deben permitir ni tolerar: y si lo son, ¿para qué muchas? son verdaderamente superfluas, porque, supuesta una con las condiciones que quedan referidas, esta siempre será la mejor, y todas las otras sobrarán. Quiero yo ahora lisonjearme á mí mismo, y proponer la presente para dicho efecto. La propongo, no porque la crea mejor: Dios me guarde de semejante pensamiento ó intolerable presunción. Sé que necesita aun de mucha lima: sé que, después de repetidas vistas y revistas, le quedará aun mucho que reformar y mejorar. Navegamos por un Océano inmenso é insondable. La propongo solamente porque hasta el presente es la única que puede servir para uso del público, y porque entiendo que es la que mas se acerca á la letra de cuantas han llegado á mis manos y noticia, publicadas en nuestros tiempos. Y debo también confesar aquí, en obsequio de la verdad, que la desearia aun mas literal, pues es tal la miseria humana, que yo mismo qué estoy haciendo estas reflexiones, veo y advierto que aun la presente no está del todo libre de que se le ponga la nota de que no es tan literal, y de que yo, por seguir el gusto del día, he caído en la debilidad de usar en muchos lugares, aunque siempre con el mayor tiento y parcajonia, de algun rodeo en la expresion. Últimamente la propongo, porque espero en la misericordia de Dios, que querrá libre de errores substanciales, que puedan ser perjudiciales, salvo aquel ó aquellos, que se escapen á la diligencia de los impresores y correctores, que irán advertidos al fin de cada tomo, para que se emiendan en sus respectivos lugares; y asimismo porque mi principal cuidado y mira en la exposicion y notas ha sido siempre no dar doctrinas nuevas, sino las mas sólidas, aprobadas, y conformes al espíritu de la Iglesia, dimanadas natural é inmediatamente de la misma Palabra de Dios, y las mas opuestas al del error, corrupcion y libertad anti-evangélica, que le va dominando todo en estos desgraciados y lastimosos tiempos en que vivimos. Lejos de pretender que siem-

pre que se layan de repeti sus ediciones, se hagan únicamente por lo que alcanzen mis escasos

lucos, ni de opozarme ó repugnar á que paso por la mas severa crítica, y censura de hombres doctos, imparciales, zelosos y pios que, teniendo por principal objeto la mayor gloria de Dios, y el bien espiritual de las almas, añadan en ello, cercenen, muden, etc. quanto creyeren necesario: esto es lo que mas deseo, y lo que pido y solicito con la mayor ansia; esto es, que concurren muchos de buenos le, armados de ardiente zelo, sin animosidad, y sin espíritu de division ó de partido, que es el que destruye, y da por alud á las mas gloriosas y útiles empresas, á concluir la ya comenzada, que será sin duda del mayor agrado y servicio del Señor; y podrá dar grande crédito á la nación, y esta gloriarse de poseer un fiel y perfecto traslado de aquel divino original, en el que se encierran los inagotables tesoros de la incompreensible ciencia y sabiduría de Dios.

Sobre este fundamento, que debe ser firme y sólido, puede despues cada uno levantar libremente un noble y hermoso edificio, como mejor pareciere. Puede en la exposicion explyrar todas las velas, y echarse á navegar por este mar, cuyo fondo no se ha llegado hasta ahora á poder sondear, y que en adelante quedará siempre escondido á todas las diligencias é investigaciones humanas. Haga alarde, cuanto guste, de su erudicion, ingenio y talentos, con tal que nunca pierda de vista aquel seguro norte, sin cuya guía infaliblemente se perderá. Huyá de rumbos desconocidos é inciertos, que le serán muy arriesgados, le harán dar al tréves, y zozobrar, ó le conducirán á escollos, en que sin el menor recurso se estrellará. No abandone ni pierda los descubiertos, conocidos y señalados, por donde navegaron sin riesgo los que le precedieron, y por los que llegaron felizmente al puerto deseado. Todo espíritu de novedad en estas materias es muy expuesto y peligroso, pues comunmente no tiene otro principio que nuestro orgullo y amor propio. El corazon humano, inquieto en sí mismo, y adherido á la corrupcion, miseria y soberbia, que heredo de los primeros padres, no se sujeta fácilmente al dictamen ajeno, nie da por contento ni satisfecho, si no hace ó produce alguna cosa, con la que muestre que da un paso mas adelante, que adonde llegaron los otros, ó que ha descubierto un nuevo camino, que hasta aquel tiempo ninguno habia atinado ni pisado. Esta emulacion, que en materia de ciencias humanas, de politica, de economia y de industria, puede traer grandes bienes á un Estado, en la que tratamos al presente, le será sin disputa muy dañosa. Nos consta que á este espíritu fuerte de perniciosos novedad, ó mas bien de intolerable soberbia, deben su origen todos los errores y herejías que se han conocido, y con que han pretendido rasgar la incontestable tónica de la Iglesia sus bastardos, infieles y rebeldes hijos: y por lo mismo, los que se precian de reconocerla, y tenerla por verdadera madre, deben por amor de ella, y por no dar ocasion á que esto suceda, huir aun de la sombra de todo aquello, que inasablemente los puede ir apartando de la certeza é inmutabilidad de sus dogmas. Espíritu de humildad y de obediencia, de docilidad y de suasion es el que nos ha de guiar para interpretar y leer con provecho las divinas Escrituras. El que mas confío en sus propias luces y talentos, caminará monos seguro, y será menos apto para desempeñar bien esta grande obra. El que, desconfiando de sí mismo, sin reparo ni rubor preguntarlo, y consultarlo á otros, que en los lugares oscuros y dudosos le puedan alumbiar y enseñar, le escuchare con atencion, y abrezare sus sentimientos, cuando libre de preocupación y de amor propio, los hallare mejores que los suyos, este dará pasos firmes, y llegará sin tropiezo ni extravío al fin de su jornada. El Señor, bien cierto es que, en lugar de descubrirse á los que á sus propios ojos se tienen por sabios y por ómnes videntes; se les oculta, los ciega, confunde y derriba. Los sorprende y treme en sus mismas redes. Solamente se comunica á los humildes, y á estos dispensa sus luces y gracias, porque en el solo buscan la verdadera ciencia para hacer participantes de ella á los demás, y porque desmudos de todo espíritu de ambicion, y de querer brillar y sobresalir entre los otros, unicamente aspiran á su mayor gloria, y á que el solo sea reconocido, adorado y servido por todas sus criaturas. ¡Dichoso una y mil veces aquel que con solas estas miras y disposiciones se aplique á trasladar la palabra de Dios, ó á interpretarla!

En este lugar, y para conclusion de este discurso, protesto alta y solemnemente, y lo hago delante de aquel Señor que nos ha de juzgar, que mi intencion en él, no es tocar á esta ni á aquella persona en particular, sino oponerme en general á la opinion poco acertada, de dar la preferencia á las versiones parafrásticas sobre las literales, y de que importa poco que estas se multipliquen sin término ni medida. Protesto asimismo que no pretendo censurar, y mucho menos condenar ninguna de las que se hayan hecho y publicado hasta ahora, ó las que en adelante podrán hacerse ó publicarse; bastará que sean conformes á lo declarado por la Igle-

En la nueva época que se llama de la ley escrita, oyó la voz de Dios con mayor claridad, y el Señor le comunicó sus secretos, y se le manifestó clara á cara como á su privado con todo el resplandor de su majestad. Le reveló sus mandamientos, sus leyes, sus juicios y sus arcanos; y le enseñó á instruírse en ellos á los hijos de Jacob, y les enseñó las sendas de la justicia, habiéndole declarado caudillo de todos los descendientes de Israel, los cuales formaban un numeroso pueblo, distinguido y separado de los demás por la señal visible de la circuncisión. En virtud de ello contrató una alianza de esto su pueblo con el Señor, de la que se constituyó mediador, y de ello contrató una alianza de las promesas, condiciones y artículos de ella, que dejó por escrito como tal aceptó y ofreció las promesas, condiciones y artículos de ella, que dejó por escrito de orden de su Majestad, para observancia y memoria de los venideros; y lo expresó todo en cinco libros, que por eso llamamos *Pentateuco*, añadiendo en ellos la vida de los patriarcas y los sucesos del pueblo de Israel, desde su salida de Egipto y muerte de Pharaon hasta las primeras conquistas de la tierra de promisión á la ribera oriental del Jordán. En aquella alianza que publicó Moisés, y explicaron mas los profetas que le sucedieron por muchos siglos, se descubre con mas puntualidad, y se figuran con imágenes mas vivas, los sucesos y circunstancias de la Encarnación del Hijo de Dios, y de la muerte del mismo Jesucristo Señor nuestro, su Resurrección y Ascensión admirable á los cielos; y se anuncia también la redención del linaje humano, la predicación del Evangelio, la reunión de los fieles, y nueva alianza de Jesucristo con su Iglesia, de cuyas expresiones abundan señaladamente el libro de los Salmos, las profecías de Isaías y de Jeremías, y las visiones de Ezequiel, y de Daniel con los demás profetas. Sin embargo el pueblo, que vivió bajo los capítulos de aquella alianza, y los Judíos que pertenecen al Testamento viejo ó ley escrita, eran todavía rudos y carnales. La ley imperfecta, las ceremonias y sacrificios simbólicos y varios, las promesas de Dios á la letra de bienes temporales y caducos, y aun la misma alianza establecida con sangre de becerros y animales, no era en sí misma perpetua ni duradera. Pero fué muy conveniente detener al hombre mucho tiempo en estos primeros elementos de religión, y pequeños ensayos de virtud, como mas sensible y acomodados á los hijos de Adam terreno y flaco, cuando se consideraba como niño ó como esclavo, hasta que Jeshú la plenitud de los tiempos, y el día claro de la manifestación del Hijo de Dios, que hecho hombre se apareció á los hombres para adoctrinarnos, alumbrando á los que estaban de asiento en las tinieblas y en las sombras de la muerte, dirigiendo y guiando sus pasos por los caminos alegres de la paz y de la salud; y con esta venida se acabaron las sombras y las figuras, y se descubrió de lleno la verdad á los mortales. Entonces á la ley imperfecta de Moisés sucedió la perfección del Evangelio, y roñó la ley de gracia, de libertad y de espíritu, bajo de la cual, rasgado el velo de la antigua, se fundió la nueva alianza, sellada y confirmada con la sangre de nuestro mediador Jesucristo Dios y hombre, y con la promesa de bienes inmortales y verdaderos, la cual ha de durar para siempre hasta la consumación de los siglos. Habiendo sido llamados y admitidos á esta alianza todos los pueblos y naciones de la tierra sin distinción ni preferencia, Judíos y Gentiles, Bárbaros y Griegos, esclavos y libres, entrado en ella por la fe en Jesucristo, piedra angular del Nuevo Testamento, espiritual edificio, en quien, unidos en caridad los fieles, se fortifican y crecen hasta la vida eterna. Tales son las importantes verdades y acerbos misterios que nos están revelados, y se nos declaran por menor en los santos Evangelios, Cartas de los apóstoles, y demás libros del Nuevo Testamento.

La economía admirable de ambos Testamentos está representada, según el Apóstol¹, en aquellos dos hijos de Abraham, Ismael é Isaac, de los cuales el uno nació de la esclava Agar, y el otro de la libre Sara. Aquel, porque nació según la carne y era perseguidor, fué arrojado de casa: pero este, hijo de las promesas, heredó los mayores y bendiciones del padre, para gozarlos y poseerlos, no tanto en la celebrada tierra de Palestina, cuanto en la celestial Jerusalem. Y en esta misma economía se admira mas y mas la sabiduría del Señor en la manifestación que nos hizo de sus arcanos, siempre con el designio de ganar al hombre perdido, y de atraerlo á su verdadero amor, comunicándole por grados el conocimiento de sus eminentes perfecciones, en especial de su providencia, de su bondad y de su misericordia.

En el Testamento antiguo se nos descubre la eficacia, y extensión de la providencia del Señor; y en el nuevo la fusión de su inefable misericordia. Allí á cada paso reconocemos en Dios un amo, que, atento al buen orden y concierto de su familia, endereza sus caminos, cuida de su mantenimiento, le socorre en sus necesidades, rompe los obstáculos que se oponen á sus inten-

ciones benéficas, aun á costa de prodigios muy ruidosos castiga á los rebeldes, perdona á los arrepentidos, y lleva de bienes y de riquezas á los que le sirven con lealtad y resolución. Los libros del Génesis, del Éxodo, de los Jueces, de los Reyes, de Judith, de Esther y de los Macabeos, nos refieren una multitud de sucesos, que nos convenceu de los paternales cuidados que tiene el Señor de sus siervos, pues en ellos vemos que previene sus necesidades, guía sus pasos, gobierna sus acciones, y los asiste hasta en las circunstancias mas pequeñas de su vida.

Esta constante experiencia, con el conocimiento inmediato de nuestra poquedad y miseria, nos hace llamar á Dios nuestro Criador, nos obliga á tenerle propicio, á confesar su poder y su bondad, y á recurrir á su bondad y providencia, aun en todo lo temporal. De aquí nos elevamos por grados á conocerle mas, y á confiar en Dios nuestro Salvador. Convencidos del estrago de nuestra naturaleza, y de los efectos espantosos á que nos rodó la comun culpa, vemos mas por lo claro la necesidad de médico y de medicina, y acudimos á la gracia del Salvador para reparo de nuestras dolencias. Vemos asimismo del todo abiertas las fuentes de su misericordia, y nos alentamos á beber de aquella agua, que nos amarga la concupiscencia, nos repara y fortifica, y nos da la vida y la salud sobrenatural. Llenos de gozo y de espíritu con semejante refrigerio, nos arrojamos en los brazos del Salvador, que nos llama y trata como hermanos y amigos, y aspiramos por aquellos bienes de allá arriba, que nunca se acaban, y son los únicos y verdaderos bienes: como la justicia, la caridad y la gloria. Así nos conduce el Señor como por la mano de un estado á otro mas perfecto; y del conocimiento de Dios Criador procedemos al de Dios Salvador por la leyenda y meditación de lo que está revelado en ambos Testamentos.

Además de estos vínculos de religión y obligaciones del hombre con Dios, que lo destina á la feliz posesión de bienes tan soberanos, nos declaran igualmente los libros sagrados cuanto debemos practicar para conseguirlos, instruyéndonos en una moral perfecta, en toda la conducta interior y exterior de nuestra vida, conforme á las reglas de la verdad y santidad que dicta la misma Religión, de que están llenos los libros de Moisés y de los profetas, los Salmos, los Proverbios, el Eclesiástico, la Sabiduría y el Eclesiástico; pero especialmente los Evangelios y las Cartas de los apóstoles, que nos conducen con suavidad y eficacia á la práctica de las virtudes cristianas y de la verdadera justicia. En todos ellos se declara la guerra á las pasiones y á la soberbia, al amor propio, á la codicia, á la concupiscencia: se condenan los vicios, se muestran los estragos que causan en el hombre, y los castigos espantosos de la divina Justicia contra los impíos, contra los ingratos, contra los rebeldes y contra los pecadores. Se nos proponen grandes modelos de perfección y de virtud, que nos excitan y movien poderosamente á su imitación. ¿A quién no admiran los rasgos de fidelidad y obediencia, que caracterizan á los antiguos patriarcas Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés? ¿Quién no se alienta en los trabajos, al considerar la paciencia, con que sufrieron otros mayores Jacob, Job y Tobías? La inocencia y sabiduría de Josué, de Daniel, de Esther salvó á muchos pueblos, y es celebrada de todos. Mereció grandes bendiciones para sí y para sus reinos la piedad de Samuel, de David, de Ezequías y de Josías. Promió el cielo con ilustres y señaladas victorias la fortaleza de Josué, de Judith y de los Macabeos: y fué honrado con estopendos milagros el zelo de Ismael y de Jeremías, no menos que el de Elias y de Eliseo. En una palabra, no hay estado ni condición de personas, por humilde y abultado que sea, que no pueda sacar copiosas riquezas, y frutos inefables de este inagotable tesoro de las Escrituras divinas.

El labrador, cultivando la tierra, y el pastor apacentando su ganado, podrá cantar himnos y salmos, aunque no comprenda todo el sentido y misterios que contienen. Las vírgenes, meditando los ejemplos de pureza que leyeron u oyeron leer, se pondrán en estado de conservar con mayor atención y vigilancia un tesoro, que guardan en vasos de barro frágiles y quebradizos. Los casados, á la vista de los ejemplos y lugares, que recomiendan la continencia y le conyugal, se contentarán en los límites que prescribe la ley y la razón, y serán fieles en cumplir las obligaciones de su estado. Los padres aprenderán el modo de educar á sus hijos, y de inspirarles la fe y el santo temor de Dios. Los príncipes consultarán este sagrado libro para gobernar sus vasallos. Los vasallos sabrán como han de obedecer á sus príncipes, respetando en ellos la suprema autoridad que el Señor quiso depositar en sus sagradas personas haciéndolos sus ungidos. Los pretidos verán las obligaciones que deben enseñar, y cuidarán de ir siempre delante con el buen ejemplo; y los pueblos la necesidad en que se hallan de aprender, de consultar y de preguntar.

Por esta consideración Jijo el Apóstol¹ que toda Escritura divinamente inspirada es útil para

¹ Ebr. x. 1.
Ad Col. ii. 1.

² Luc. x. 25.
Ad Col. ii. 25.

enseñarnos é instruirnos en el camino de la justicia, para amonestarnos y contenernos en nuestros obligaciones, y para ejercitarnos y dirigirnos en toda obra buena y conducente á nuestra salud. Muchas verdades en este punto nos dejaron escritas los filósofos paganos; pero para el arreglo de nuestra vida monta mas aquella liana de Moisés¹, en que Dios pide á los hebreos la circuncision del corazon, ó en que manda² que le teman, le amen y lo sirvan con todo el corazon y con toda el alma, que cuanto dejaron escrito Sócrates y Platon, Plutarco y Epicteto, Ciceron y Séneca, y todos los sabios del mundo en sus grandes volúmenes. Y aun menos importantes las máximas de los antiguos, si se comparan con una sentencia de S. Pablo como esta³: *Todas vuestras cosas se hagan en caridad*; ó con una sola palabra de Jesucristo en el Evangelio, es á saber⁴: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon*.

Ya pues que el Padre de las misericordias, y el Dios de toda consolacion se dignó manifestarnos en sus Escrituras tan complacientemente su voluntad, y nos declaró en ellas el modo de agradarle y darle gusto, para hacernos participantes de sus riquezas, de sus bienes y de su gloria; ¿cómo es que no mosejamos, estudiamos y meditamos noche y día en este divino libro, en donde está todo nuestro interés, todo nuestro tesoro? «Oye, Israel⁵, dijo Moisés á su pueblo, oye y atiende á mis palabras: Girarás en tu corazon las leyes que te he dado: no cesas de enseñarlas y explicarlas á tus hijos, y sean ellas la ocupacion y norma de toda tu vida: medítalas de espacio y en el retiro de tu casa, lévalas por computueras de tus viajes, sean el último pensamiento, cuando estés para tomar reposo, y el primero cuando te despiertes: las llevarás escritas al rededor de tus manos en señal de la obediencia, y las pondrás sobre tu cabeza y en medio de tus ojos, como guía de tus resoluciones y consejos: ponlas delante de las puertas de tu casa en señal de tu profesion y rendimiento, y para perpetuo recuerdo de su observancia.» Esta ha de ser la ocupacion continua de todos los fieles, grandes y pequeños, pobres y ricos, ignorantes y letrados. Este sagrado volumen ha de ser la materia de la conversacion de los ejércitos y de los generales, de los pueblos y de los príncipes. En su atenta lectura, y seria meditacion hallarán todos el acierto en sus designios, y la felicidad en sus empresas. Así lo mandó y prometió el Señor en la persona de Josué⁶ á todos sus adoradores, y todos están obligados á instruirse mas y mas cada día en esta ciencia de los santos, y de buscar los medios de conseguirla. Oigamos pues á Dios, cuando nos habla, escuchemos atentamente sus palabras, que son gratas y suaves al paladar, y vivas y eficaces al corazon. Ellas lo traspasan mas agudamente, que una espada de dos filos, lo humillan, lo enternecen, lo inflaman, lo enardecen, lo transforman y lo convierten.

Se vieron á la letra tan saludables efectos, cuando Baruch⁷ leyó su profecía á los Judios que habitaban en Babilonia, luego que fueron llevados cautivos. Bonda habiendo congreñado á los confes, hijo de Joachim, rey de Judá, á los grandes, á los ancianos y á todo el pueblo, desde el mayor hasta el mas pequeño, todos lloraban amargamente, ayunaban y oraban, y recibida la lectura, hicieron rigurosa penitencia. Despues de la vuelta de los Judios á Jerusalem, cuando por el trato con los idolátras estaban tan estragadas las costumbres del pueblo, ¿qué otra cosa los reformó y convirtió sino la leccion clara y distinta de los Libros santos⁸? Se vistieron de sacco, cubiertas de ceniza sus cabezas, apartaron de sí las mujeres extranjeras, y renovaron fervorosos y arrepentidos el pacto y la alianza con el Señor; y ofrecieron solemnemente la mas puntual observancia de todos los artículos de la ley: habiendo conseguido Esdras por este solo medio lo que era tan arduo, y parecia imposible por otros caminos. El mismo pueblo mostró despues hasta aflicion, que se juntaba cuatro veces al día á la leccion del sagrado volumen, y salian siempre de este ejercicio con nueva devocion, ternura, lágrimas y arrepentimiento.

Iguales efectos experimentarán en sí mismos cuantos se dediquen á esta importante obra con la atencion, respeto, aficion y humildad convenientes. El trato con los buenos hace buenos: y el trato del hombre con Dios le levanta sobre la tierra, le muda y le hace celestial. Por esta conversacion ha de ser muy de asiento, porque ha de ser trato continuado: se ha de tomar como una vianda y comida, para que produzca en el alma todo el vigor espiritual y todo el fruto de la salud. Con tus palabras, dice Jeremías⁹, y se convirtieron en gozo y alegría de mi corazon. Y á Ezequiel¹⁰, que las leía despacio y con voluntad, le parecieron mas dulces y mas sabrosas que la miel. Los Israelitas, que, bajo la conducta de Nehemías, mostraron tan vivo arrepentimiento,

¹ Deut. x, 16.
² Ibid. v. 10.
³ I Cor. xiii, 13.
⁴ Mat. v, 28.
⁵ Deut. x, 16, 17, 18.

⁶ Cap. x, 1.
⁷ Cap. x, 1.
⁸ II Esdr. vii, 1, et seq.
⁹ Jer. xv, 16.
¹⁰ Cap. iii, 1.

leían la divina Escritura, segun la expresion del texto¹, *rectis auribus*, levantadas las orejas, en prueba de la atencion con que las escuchaban. Aquellos discípulos de Jesús, que en el día de la Resurreccion iban á Emaús desde Jerusalem, siendo tan humildes y afectos á su divino Maestro², ¿cuán inflamados y enardecidos se sintieron á la explicacion de la Escritura, y al oír la santa palabra de su boca? Es la santa palabra como el maná, que, si á los inconsiderados y carnales les parecia manjar insípido, desabrido y de poca substancia; los devotos y dóciles hallaban en él todos los condimentos y todos los sabores, como la comida mas delicada y exquisita que les servia de sustento, de admiracion y de regalo.

Es verdad que el estudio de las sagradas letras tiene muchas dificultades, y es á veces tan enmarañado y sublime, que no llegan á su conocimiento los mayores ingenios, ¿Quién podrá sondear los abismos del libro de Job, de las Parábolas, Sabiduría, y Cánticos de Salomon; las visiones de Ezequiel, de Daniel y de los demás profetas? ¿Quién explicará el espíritu del Levítico, de los Números y del Deuteronomio? ¿Quién penetrará las profundidades, que se encierran en el Salterio de David? ¿Quién descifrará los arcanos y enigmas del Apocalipsis? Los intérpretes mas sabios é instruidos, no se confunden al querer averiguar los misterios de la gracia, y otros logros difíciles³ de las Cartas de S. Pablo? ¿Y cómo se ha de exponer margaritas tan preciosas en mano y á uso de la plebe, del idiota, del ignorante, de la mujer ruda y sin instruccion, con riesgo de que abusen de las desprochen, ó se deslumbrén y confundan? Todo lo cual parece inevitable, obraciéndolos en idioma vulgar y comun, como se presentan en nuestra Biblia.

Pero todos estos inconvenientes se desvanecen siempre que para el manejo y la lectura de los Libros sagrados en lengua vulgar tengamos por guía á la Iglesia, que debe ser maestra y directora de todas nuestras acciones, observando exactamente las reglas que para esto nos prescribe. Esta amorosa y prudente Madre, poniéndonos en las manos este divino Libro, pretende preservarnos de lo que S. Pablo llama *ciencia de falso nombre*; mas no excluímos del verdadero conocimiento é imitacion de Jesucristo, Quisiera que todos los sabios lo leyeran, pero con la madurez y sobriedad que pide el Apóstol. Prescribe sabiamente las reglas que se deben seguir, para que sirva de edificacion, y no de ruina. No consiste que se echen las margaritas á los puercos para que las pisien, y traigan entre los pies, pero quiere separar de su lectura á los indigios, reprimir á los curiosos, humillar á los letrados, y finalmente dar á entender á todos que nadie puede conocer en las Escrituras la voluntad de Dios, si el Señor por la gracia de Jesucristo no abre sus sentidos. Si hay algunos, que corran tras las novedades y doctrinas, que favorecen á sus pasiones; ingenios curiosos, despreciadores obstinados, oyentes estériles de la palabra de Dios, que usen de ella para parecer doctos, y no para ser buenos: *ad spectem, non ad virtutem*; que, omitiendo en su lectura los lugares que contienen doctrinas morales, ejemplos y preceptos de vida, que pueden aprovechar mucho á ignorantes y á letrados, se emplean sin estar preparados para ello en escudriñar los profundos misterios de los consejos de Dios, como los de la predestinacion, reprobacion, eleccion, presciencia, abandono de los Judios, vocacion de los gentiles y otros semejantes: estos tales atraen sobre sí las justas y severas reprensiones, con que los santos padres han reprimido siempre su orgullo y temeridad, y se hacen acreedores á que la Iglesia los considere como indignos de leer las santas Escrituras.

Pero al paso que esto es verdad, lo es tambien que la profundidad y ulciza de las Escrituras no debe ser motivo para retraernos, y apartarnos de su estudio, sino antes bien incentivo de aplicarnos con mayor desvelo para descubrir este tesoro escondido, y convertirlo en beneficio nuestro; y mas cuando nos consta que los misterios que suelen estar escondidos á los letrados y soberbios, se revelan y descubren á los rudos y á los humildes. El sentido, que no encuentra en un sabio un filósofo hinchado, lo percibe y se saborea con él un lego humilde y sin letras, como un Diego de Alcalá, ó una virgen tierna y enamorada, como una Teresa de Jesús. Por estas consideraciones muchos varones santísimos enseñaron, y dirigieron en la leccion y estudio de los sagrados Libros á muchas señaladas mujeres, á las cuales por otra parte nací las ha dado jamás oficio edesástico, ni les permite S. Pablo que sean doctoras. S. Jerónimo fué maestro y director de muchísimas santas y matronas estudiosas en estos sagrados estudios. Tal fueron las santas Marcela y Ascla hermanas, y su madre Albina. Tales santa Paula y sus dos hijas, santa Blesile y Eustoquia. Tales las dos ilustres viudas santa Lea y Fabiola, y otras muchas, las cuales salieron tan aventajadas en el estudio de la santa Escritura, que á muchas de

¹ II Petr. i, 16.
² Luc. xxi, 12.

³ II Petr. i, 16.
⁴ S. Augustin. lib. 2 de Tract. Doct. cap. 10.

ellas dedicó S. Jerónimo algunos de sus Comentarios sobre la Biblia. Y de santa Paula escribió de este modo: *Sabía de memoria las santas Escrituras, y leía con frecuencia el Testamento Antiguo y el Nuevo. Se dedicó al estudio de la lengua hebrea, y la aprendió de modo que contaba las Salmo en hebreo, y pronunciaba aquel idioma como si lo fueran nativo.* San Leandro fué maestro de su hermana santa Florentina en dicho estudio, y á esta le enseñó el método de leer con utilidad el Testamento viejo, y el Cantar de los Cantares, y le prometió que le enviaría reglas del sentido espiritual, para que por ellas pudiera instruirse en todas las santas Escrituras.

San Gregorio paga escudriño á dos ilustres hermanas Antoniana y Bárbara, les dice: *Deo que os asistió á la lectura de las santas Escrituras, para que, cuando el Dios Todopoderoso os coloque en el estado conyugal sepáis como habéis de vivir, y aprendáis á disponer y gobernar vuestra casa.* El venerable maestro y padre espiritual de muchos santos Juan de Avila, explicó la Carta canónica de S. Juan á la condesa de Feria, y á la marquesa de Priego en Zafra¹ Santa Columba virgen y mártir cordobesa estaba tan instruida en las sagradas Escrituras, que de lejos tierras acudían á ella para oír su doctrina². Sería nunca acabar, quereis traer todos los ejemplos de mujeres, que en todos tiempos se aplicaron al estudio de los divinos Libros: su virtud, su humildad, y el desecode adelantar en la perfección, las proporcionaban para que los leyese con grande aprovechamiento de sus almas; porque el mismo Espíritu, que inspira donde quiere, manifiesta el arcano de sus palabras, no á los vanos y presumidos que aborrece, sino á los humildes y devotos que ama, y de que gusta.

Esta devoción y este afecto de caridad es la llave de oro para romper los sellos de los sagrados Libros, y penetrar sus mayores arcanos y misterios mas ocultos. Envió el Señor desde lo alto, dice el Profeta³, el fuego del santo amor en mis huesos, y me instruyó y adiestró. Este mismo fuego, que ahora y enciende la voluntad, es la mas clara y brillante antorcha para el conocimiento e interpretación de las Escrituras; y en esto fundó aquella su regia magisteral el Padre S. Agustín, cuando á este propósito dijo⁴: Cualquiera que se persuada entender la divina Escritura, si con este conocimiento no levanta el edificio de la caridad de Dios y del prójimo, sepa que no la entiende; y así tengamos por cierto que, para leer con fruto la santa Biblia, sondear sus abismos, y aclarar la obscuridad de sus misterios, poco valen las letras y ciencias profundas, y mucho la caridad, el amor de Dios y del prójimo, el desprecio de las cosas de la tierra, y un deseo ardiente de las del cielo. Los limpios de corazón son los que ven á Dios, conocen su voluntad, oyen su voz, interpretan su palabra, y siguen sus inspiraciones y llamamientos: y esta simplicidad suele componerse mas bien con un hombre sencillito y plebeyo, que con un grande ó un sabio del mundo.

Sin embargo de esto, ni siempre se comunica el Señor, ni de una vez nos manifiesta aquella luz inaccesible, en que habita como en trono de majestad. Quiero de nuestra parte la aplicación, el trabajo y el desvelo: quiero humillar nuestra soberbia y orgullo, y hacernos entender nuestra ceguera y las tinieblas de nuestra condición, y que necesitamos de sus auxilios para conocer, no menos que para obrar lo que conduce á nuestra inmortalidad: y aun con todo quedan siempre lugares difíciles y ambiguos, para que tambien se perciba á los sacerdotes, que son los intérpretes de la divinidad y los maestros de la ley, de cuyos labios ha de buscar la plebe del la ciencia de la salud⁵, y el camino de la justicia, siendo ellos los ángeles del gran Rey, que anuncian á los hombres su voluntad. Y ya por la misma razon habia prevenido Moisés á su pueblo en el Deuteronomio⁶ que en los casos dudosos y espinosos que les aconteciesen, expusiesen el negocio ante el sacerdote, en cuya respuesta encontrarían el acierto; pues en el tribunal, en que preside el pontífice de Dios vivo, se aclararán todas las dudas pertenecientes á la religion y culto, y al conocimiento de la ley, debiendo estar todos sujetos á su resolución. Por tanto debe el pueblo, por mas instruido que se halle, y por mas que lee, y vuelva á leer en su lengua la sagrada Biblia, oír su explicación de boca de los sacerdotes, encargados por Dios de repartir este divino pan, de modo que sea saludable á la grey de Jesucristo, acomodándolo á cada uno segun sus disposiciones, y exponiendo siempre los sagrados testimonios conforme á la doctrina de la Iglesia, que es maestra de la verdad, y tiene la asistencia del Espíritu Santo en la interpretación de la Escritura. Por esto esta misma sabia directora mira como cosa intolerable que el discipulo pre-

tenda enseñar al maestro; que las ovejas intenten conducir y guiar al pastor; y que los jóvenes y estudiantes presuman entender la religion y la Escritura mas bien que los maestros y doctores antiguos, ó censurarlos de error y de ignorancia.

A este propósito con el fin de allanar mas y mas el camino, se han añadido notas, tomadas de los santos padres y de los expositores católicos, para dar luz á los lugares oscuros y difíciles, segun nos ha parecido mas oportuno; ó bien porque el sentido no se expresa claro en la letra, ó porque pueden comprenderse muchos bajo la misma letra; ó ya tambien por advertirse alguna diferencia entre la Vulgata latina y los textos originales hebreos y griegos; y finalmente habemos hecho advertir en algunos textos el sentido espiritual para la comun edificación y arreglo de nuestra vida. Si no obstante todas estas precauciones hubiere alguno de ingenio tan maligno y atrevido, que convirtiendo en veneno la mejor traca, abuse de ella en daño suyo ó ajeno, será esto puramente efecto de su malicia, que en nada perjudica á las excelentes y saludables enseñanzas de la divina Palabra. Lo mismo que es vida y remedio para los buenos y bien dispuestos, es enfermedad y muerte para los perversos, y que obran con fin depravado. Y en confirmación de esto nos advierte el Espíritu Santo⁷ que el temeroso de Dios, que estudia con afición la ley, se enriquece y llena de bienes por este ejercicio; pero el que se aplica á ello con intención burlada, en la misma ley se escandaliza y tropieza; en lo cual se nos advierte que, si alguno abuse de cosa tan santa, no busque otra causa que su perversidad y malicia.

Mas como no basta para ser justificados el oír solo la ley, sino que es necesario tambien cumplir, conforme á lo del apóstol Santiago en su epístola canónica⁸; ni se llaman dichosos en el Evangelio⁹ los que leen solo la divina Palabra, sino aquellos que la oyen, y juntamente la guardan: se ha de dirigir atentamente este estudio á la práctica de las buenas obras, y ejercicio de las virtudes cristianas, evitando el espíritu de curiosidad, pues las cosas santas y divinas como estas se han de tomar santamente, y santos y divinos frutos han de producir. Aprended mis palabras, dice el Señor¹⁰, y ponedlas por obra, considerando¹¹ que aquel que las cumple será reputado por sabio, semejante al que asienta el edificio de su casa sobre fundamentos de piedra; mas el que oyéndolas no las cumple se acredita de necio, á manera de aquel inconsiderado, que edifica su casa sobre la arena. Por tanto no se aparten nuestros ojos de este libro, en donde se nos da á conocer la voluntad de Dios, para aplicar á su cumplimiento nuestras potencias, nuestros sentidos y nuestras fuerzas. No declinemos un punto ni á la diestra ni á la siniestra¹², sigamos el camino recto por donde nos guía el Señor: él nos conducirá á la tierra de promisión, para que vivamos eternos y felices dias en ella. Así estudiaremos con verdad en el libro de la vida, y resaltará en nuestras acciones el espíritu de santidad, que brilla en cada una de sus hojas y de sus cláusulas. Los grandes ejemplos de santidad, que aquí se nos proponen en los héroes del antiguo y Nuevo Testamento, nos servirán de norma para la buena conducta de nuestra vida, y nos alentarán especialmente á la práctica de las virtudes, que forman al hombre justo y al verdadero cristiano, como son un constante amor á la ley santa de Dios, una fe inviolable, una firme confianza en la asistencia del Señor en las mayores tribulaciones, con una persuasión íntima de nuestra debilidad y flaqueza: un vivo reconocimiento á los beneficios del cielo; y sobre todo un amor entrañable á Jesucristo, que es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, á quien habemos de seguir, en quien debemos confiar, y por quien algun dia habemos de poseer el reino de la inmortalidad.

En estos últimos tiempos es mas necesario poner en las manos de los fieles, y abrir este saludable tesoro de riquezas espirituales, para excitar el espíritu de los Cristianos tan caído y amorfo, y para promover en todos la observancia de la divina ley, el amor de las cosas celestiales y el desprendimiento de las terrenas. Pues es evidente que las costumbres de los Cristianos han sido siempre á la par con el estudio de la santa Escritura. En los siglos primeros de la Iglesia era inocente este ejercicio, y era la Iglesia militante un remedo del paraíso. Aquella inocencia en que vivían, aquella unión fraternal de corazón y de alma, aquel desprecio de los bienes temporales, aquella vida frugal y mortificada, nacían de que se congregaban los fieles mañana y tarde, y perseveraban unidos de voluntad en la oración y fracción del pan. Y así dice el texto griego των δὲ ἀποστόλων τὴν διδασκίαν, καὶ τὴν κοινωσίαν καὶ τὴν αἰσιν καὶ τὴν ἔνθεον¹³. Esta oración consistía en el canto y lectura de los Salmos, que explican con tanta

¹ Véase el Epíst. 11.º.

² Véase la Vida de santa Paula parte 1.ª cap. 17.
³ S. Jerónimo, libro 1.º de libro de Tobías, de la Memorial.
Salmos 119. en cap. 4.

⁴ Theod. 1.º.

⁵ Lev. 1.º de libro de Lev. Cap. 1.º.

⁶ Deuter. 1.º.

⁷ Cap. 1.º.

⁸ Santiago 1.º.

⁹ Cap. 1.º.

¹⁰ Lev. 1.º.

¹¹ Deuter. 1.º.

¹² Deuter. 1.º.

¹³ Hebr. 1.º.

¹⁴ Deuter. 1.º.

¹⁵ Deuter. 1.º.

variedad y energía la bondad y poder del Señor, y los afectos y afición del corazón humano delante de la divina Majestad. A esto se añaden algunos capítulos de los otros libros de la Escritura, y sobre todo en la misa, que se denomina por aquella expresión de la *fracción del pan*, no solo se leían diferentes lugares de la Biblia, sino que los explicaban los sacerdotes conforme las festividades, ó la necesidad de los asistentes. Y toda esta lectura era entonces en lengua vulgar, y familiar á todos.

Ni se contentaban con esto los fieles, sino que repetían este estudio particularmente en sus casas, meditando día y noche en la ley de Dios, y repasando cuanto habían oído de boca de sus pastores, cuyas explicaciones recordaban unos á otros, especialmente á sus domésticos e hijos, á quienes instruían y exhortaban con singular cuidado, manteniendo entre sí unos mismos sentimientos con perfecta sumisión á sus obispos, por cuya razón cada casa se podía llamar una pequeña iglesia*. Resultaba de estos ejercicios continuados, que muchos seglares, hombres y mujeres, sabían de memoria la Biblia, cuyo libro tenían siempre consigo, y aun muchos de ellos se enterraban con los santos Evangelios en el pecho, en testimonio de su fe y de su amor á la divina Palabra, acompañado siempre de un sumo respeto; pues no se atrevían á tomar el santo Libro en las manos sin lavárselo primero, ni leerlo sino descubierta la cabeza.

En los eclesiásticos así obispos como presbíteros era tanto mas serio y continuado este estudio, cuanto les era mas necesario para la exacta instrucción de los fieles en todas las partes de la doctrina cristiana, y para convencer á los infieles que la contradecían. En virtud de este su alto ministerio se consideraban obligados á defender la verdad de los milagros, y los sucesos que se refieren en el sagrado Texto, para confundir y convencer á los gentiles; á explicar y fijar el sentido de las profecías, para desvanecer y cortar las cavilaciones de los Judíos; y á indagar el sentido genuino y literal de la ley y de los Evangelios, para establecer los dogmas de la fe, y las verdades de la moral cristiana contra los errores y pertinacia de los herejes. Por tanto los escritos que nos quedan de aquellos antiguos padres de la Iglesia, no son otra cosa, que un tejido hermoso de varios lugares de las santas Escrituras. Y lo mismo se observa en los célebres apologistas de nuestra Religión, y en los doctores de aquellos primeros siglos; todos los cuales trabajaban sus obras únicamente sobre los sagrados Textos, ilustrados de la tradición que había pasado por la viva voz de los obispos desde los apóstoles hasta los tiempos mas remotos. Y á esta proporción eran muy copiosos y abundantes los frutos que resultaban, ya con la adquisición de nuevos pueblos á la fe de Cristo, ya con el número de mártires, que con su sangre daban testimonio de la verdad, y ya por la santidad de costumbres que florecía entre los fieles. Porque tanto los eclesiásticos como los seglares, cada uno conforme á su estado, tenían sus delicias en este sagrado estudio, y no cesaban de enriquecer su espíritu con este divino comercio, á semejanza de aquellos, que entran á beneficiar una mina, los cuales tanto mas se afician, y tanto mas la cultivan, cuanto es mayor el precio y la abundancia del metal, que allí encuentran.

Considerando estas excelencias y ventajas, miraban la santa Biblia como libro, que los comprende todos, y en donde se halla en grado eminente el saber de todos. Y en este concepto dijo un escritor antiguo †: ¿Qué os falta en el código de la ley de Dios? Si queréis historia, os la ofrecen los libros de los Reyes; si deseáis filosofía ó poesía, la tenéis en los profetas, en Job y en los Proverbios, donde hallaréis mas ingenio y espíritu, que en todos los poetas y filósofos juntos, porque allí están las palabras de Dios, que es el solo Sabio: si os delician los cantares, cantares excelentes son los Salmos; si buscáis antigüedades, son las mas remotas y ciertas las que hallamos en el Génesis: en una palabra, la ley de Dios nos abastece de cuantos preceptos y consejos necesitamos para nuestra salvación.

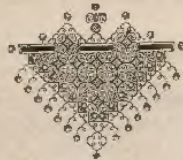
En los siglos posteriores se multiplicaron los comentarios y catecismos: estos eran para los rudos, y aquellos para los doctos; pero los unos y los otros olvidaron casi la letra de la sagrada Biblia: y por este enorme descuido se llenó la tierra de tinieblas espantosas, y se oscurecieron las costumbres de los Cristianos. No hay que recordar el estado de los tiempos pasados. Parecía palpable esta triste verdad, basta tender la vista sobre las naciones cristianas de la Europa en nuestros días: la mitad de ella envuelta en el abismo de torpes y pertinaces herejías; la otra mitad, que se precia de fiel á la Iglesia y á la verdadera Religión, casi sin espíritu, sin caridad y sin vigor, entre la vanidad, el regalo y el placer. En los vastos dominios de la monar-

* Const. Apost. lib. 10, cap. 2.
† S. Chrysostom. Homil. xxxix. de Epist. ad Corin. 1.

‡ Ad Tit. 1, 5.
§ Const. Apost. lib. 1, cap. 21.

quia española, en donde se conserva inviolable la pureza de la fe y de la religión, es sin duda en donde respira libre la piedad, y están truenos estragadas las costumbres; pero son grandes los riesgos, y muy temible el contagio.

Y como la atenta lección y humilde meditación de estos sagrados Libros, ó de la divina Palabra sea el mas poderoso y eficaz remedio para precaver tantos daños, desarraigar los vicios, enmendar las costumbres, mantener la fe, y propagar la Religión; por esto el Señor ha querido excitar el benéfico zelo de Carlos IV nuestro augusto soberano, para que por su autoridad, y bajo su real protección, se publique la presente Biblia en nuestro idioma vulgar, que es familiar á tantos pueblos, provincias y reinos, en donde comprenden sus extendidos dominios en las cuatro partes del mundo. Sean los frutos correspondientes á las religiosas intenciones de nuestro católico monarca, á las reales virtudes de su piadoso corazón, y á los claros ejemplos de virtud con que guía á sus pueblos por los caminos de la justicia cristiana. El ardor y regocijo con que toda la nación ha recibido la primera edición de esta Biblia, y el ansia con que solicita que se repita, acreditan los deseos, que la animan de instruirse mas y mas en la doctrina de su salvación; y de aprovecharse para ello de este divino y rico tesoro, que con tanta sabiduría y real clemencia le ofrece, y pone en las manos su amable soberano. Ya pues que por beneficio inmortal suyo están con su publicación abiertas para todos las fuentes del Salvador, vengan todos humildes y devotos, y heban en ellas con gozo la abundancia de la salud, á que nos llama y convida Jesucristo con el atractivo de su doctrina y de sus ejemplos, y con la grandeza de sus merecimientos, y eficacia de sus gracias, para que ocupemos el lugar y silla, que nos tiene preparada en aquella mansion de los bienaventurados, en donde con el Padre y el Espíritu Santo reina por los siglos de los siglos. Amen.



Los Libros de las santas Escrituras de que se compone la Biblia, y que la Iglesia católica conforme al Concilio de Trento en su decreto de la Ses. IV recibe como *Sagrados y Canónicos*, son los siguientes por este orden :

LIBROS DEL TESTAMENTO ANTIGUO.

Los cinco de Moysés, que son : El Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números, y el Deuteronomio :
Josué ; el libro de los Jueces ; Ruth :
Los cuatro de los Reyes : dos de los Paralipómenos :
El primero de Esdras, y el segundo que tambien se llama Nehemías :
Tobías ; Judith ; Esther ; Job :
El Salterio de David de ciento y cincuenta Salmos :
Las Parábolas ; el Ecclesiastés ; el Cántico de los Cánticos ; la Sabiduría ; el Ecclesiástico :
Isaías ; Jeremías con Baruch ; Ezequiel ; Daniel :
Los doce Profetas menores, que son : Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Habacuc, Sophonías, Aggeó, Zacharías, Malachías.
Dos Libros de los Machabéos, el primero y el segundo.

LIBROS DEL TESTAMENTO NUEVO.

Los cuatro Evangelios, segun S. Matheo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan :
los Hechos de los Apóstoles escritos por S. Lucas Evangelista.
Las catorce Epístolas de S. Pablo Apóstol : A los Romanos, dos á los Corintios, á los Gálatas, á los Ephesios, á los Philipenses, á los Colossenses, dos á los Thesalonícenses, dos á Timotheo, á Tito, á Philemon, á los Hebreos :
Las dos Epístolas de S. Pedro Apóstol, las tres del Apóstol S. Juan, una del Apóstol Santiago, una del Apóstol San Judas ; y el Apocalypsis del Apóstol S. Juan.

Y seguidamente añade el Concilio : Si alguno no recibiere como Sagrados y Canónicos estos mismos Libros enteros con todas sus partes, como se han acostumbrado leer en la Iglesia Católica, y se contienen en la edicion Vulgata Latina antigua, sea anathema.

ADVERTENCIA.

Para que los lectores queden informados de los Manuscritos antiguos del siglo **xv** y **xiii** cuyas traslaciones alegamos, y que se conservan en la Real Biblioteca de S. Lorenzo del Escorial, ponemos aquí una breve razón de todos ellos, y la explicación de sus citas.

MS. A. Quiere decir: MANUSCRITO del rey D. Alfonso el Sabio, que en varios tomos comprende la Historia universal, y en ella entremezclada la versión de toda la Biblia según la Vulgata antes de su corrección.

MS. B. Comprende todo el Viejo Testamento, trasladado del Hebreo.

MS. C. Comprende desde el libro de los Proverbios hasta el fin del Testamento viejo, y todo el Testamento nuevo, todo trasladado de la Vulgata antigua.

MS. D. Comprende desde el cap. viii del Génesis, todo el Pentateuco, Josué, Jueces y Reyes; trasladado del Hebreo.

MS. E. Comprende desde una parte del cap. vi del Levítico, y todos los Libros siguientes hasta el Salmo lxx trasladado de la Vulgata antigua.

FERRAR. Biblia de Ferrara sobre el Hebreo palabra por palabra.

C. R. La traslación de Casiodoro de Reyna sobre el Hebreo y la Vulgata; y el Testamento nuevo sobre el Griego y la Vulgata.

Las traslaciones antiguas, que damos de algunos lugares ó palabras del Testamento nuevo, son del **MS. A.**, y de algunos impresos del siglo **xvi**.

Cuando en la serie de las notas se cita algún santo padre ó expositor católico en comprobación de nuestra doctrina, sin expresar el libro ó el lugar de donde se toma la cita, se debe entender que se saca de la exposición ó comentario de aquel autor sobre el texto de que se trata.

ADVERTENCIA

AL PENTATEUCO Y AL GÉNESIS DE MOYSÉS.

Moisés, historiador divino, insigne poeta, filósofo admirable, teólogo y profeta divinamente inspirado, pontífice sumo y legislador santo, escribió el Pentateuco, que en el Testamento nuevo se conoce por el *Libro de Moisés*, ó de la *Ley*. La palabra *Pentateuco* es griega, y significa cinco volúmenes, nombre que se da á los cinco libros, de que se compone, y son, según los llamaron los Setenta, y con ellos la Vulgata: *El Génesis*, *el Exodo*, *el Levítico*, *los Números* y *el Deuteronomio*; en los cuales se comprende todo lo que pasó desde la creación del mundo hasta la muerte de Moisés, y en los que los preceptos acerca del bien obrar son todavía mas importantes, que la narración misma de los sucesos.

Los Judíos llaman al Pentateuco *תורה* *Toráh* ó *Ley*, y acostumbraban leerlo entero todos los años, y con este fin lo dividen en secciones para cada semana. Este es el solo libro que respetan como divino y canónico los Samaritanos; porque los otros fueron escritos después de su cisma ó separación de los Judíos. Le han conservado en antiguos caracteres hebreos, que son los que se usaban antes del cautiverio de Babilonia; y este texto se diferencia solamente del hebreo que tenemos, en algunos puntos poco esenciales, que tocan á las pretensiones que tenían pertenecientes al Templo sobre el monte Garizim. Orígenes y san Jerónimo hicieron uso de este precioso monumento de la antigüedad; y en el siglo pasado fué descubierta por el padre Juan Morino de la congregación del Oratorio en la Biblioteca de su congregación de París, en donde había sido puesto por el padre de Harlay, que lo trajo de Constantinopla. El padre Morino lo hizo publicar en la Polyglotta de Jerónimo Le Jay.

No ha faltado quien ha pretendido despojar á Moisés de la gloria de ser el autor del Pentateuco, por levisimas conjeturas, las cuales no tienen valor alguno, ni son suficientes para privarle de un título y derecho, que de justicia le pertenece, y que le ha adjudicado el testimonio uniforme y constante de la Sinagoga, el de la Iglesia, y el de todos los escritores sagrados. Se leen, es verdad, algunas cosas que no parecen convenir, ni á su carácter, ni al tiempo en que vivió. En el libro de los Números xii, 3 se hallan estas palabras: *Porque Moisés era varón muy manso, mas que todos los hombres, que eran sobre la tierra*; y en el *Deut.* xxxiv, 10: *Nunca mas se levantó Profeta en Israel, como Moisés, á quien hoya conocíó el Señor cara á cara*. Pero estas expresiones, lejos de argüir arrogancia ó vanagloria en un varón de tanto mérito con Dios como Moisés, manifiestan por el contrario su natural candor ó ingenuidad. En otros muchos lugares confiesa con sinceridad sus defectos; y así no es extraño que publique sus alabanzas, cuando el Señor le inspira que lo haga para gloria suya. San Pablo, que en unos lugares se llama el menor de los Apóstoles, y el hijo shortivo y perseguidor de la Iglesia de Jesucristo, no teme compararse en otros con los primeros de los Apóstoles: y San Juan dice expresamente de sí mismo que era el discípulo, á quien con preferencia amaba el Señor. Pero estas son aquellas cosas, que quiso el Espíritu Santo que quedasen escritas, no para que las imitásemos, sino para que las mirásemos con respeto todos los que quedamos muy atrás en la virtud y méritos á un Moisés, á un Pablo, y á un Discípulo, que supo robar por su pureza el corazón de su divino Maestro. Puede también decirse que esto fué añadido por Josué, ó por Esdras, el cual después del cautiverio de Babilonia reconoció, y agregó los Libros sagrados; y lo mismo se debe entender de la muerte de Moisés, y de las circunstancias que le acompañaron, y que se leen en los ocho últimos versículos del Pentateuco. Pudo haberlo hecho también el mismo Moisés por particular revelación; y aun añade Josué que, estando ya cercano á morir, escribió las circunstancias de su muerte al fin de sus libros, para avisar que los Judíos preocupados de la veneración y alta estima, en que tenían su memoria, publicasen que Dios le había trasladado al cielo, y le dicesen un cello que les estaba

prohibido. Y estas mismas respuestas sirven para deshacer cualquiera otra dificultad, que se pueda objetar.

Parece lo mas probable que Moisés escribió el Pentateuco, despues de haber recibido de Dios la Ley para promulgarla al pueblo, quando, hallandose á su frente, y siendo testigo de sus continuas murmuraciones y rebeldias, creyó conveniente instruir en rudeza, rebenar su osadía, y sujetarle á la obediencia de aquel Señor, que, habiéndosele manifestado tantas veces por sus obras maravillosas, apenas hallaba entre tan crecido número de personas, quien sinceramente le reconociese, sirviese y adorase; y para esto lo puso delante las grandes verdades de la Religion, sobre las cuales debia despues levantarse todo el edificio de su legislacion. Por la misma razon da principio á su historia, refiriendo el origen del mundo, y de todas las cosas que en él admiramos: la caída de los primeros padres: la posteridad de Adam por medio de Caín y de Seth: la corrupcion general de toda la tierra, castigada con las aguas del diluvio: la misericordia usada con Noé y con su familia, los cuales fueron reservados, para que de ellos se poblase nuevamente el mundo: la confusion de las lenguas en la torre de Babel; y los principales hechos de Abraham, Isaac, Jacob y sus hijos: poniendo fin á toda esta narracion con los singulares acciones de José. Con ocasion de estos asentos personajeros, de los cuales se trata en el primer libro, le han llamado algunas *el Libro de los Justos*; pero la mayor parte de los escritores antiguos y modernos lo llaman *el Génesis*. Los Setenta usaron de esta palabra, para significar que en él se refiere el origen de todas las cosas, y las generaciones de los patriarcas desde Adam en adelante. En el Hebreo, se llama *primavera*, lo que significa *en el principio ó al principio*, que es la primera palabra por donde comienza dicho libro; lo cual debe tambien notarse para los otros cuatro que se siguen.

Moisés, sin valerse de raciocinios ni argumentos, persuade la verdad de lo que escribe con un estilo muy sencillo y natural, qual corresponde á un historiador divinamente inspirado; pero con una elevacion al mismo tiempo, á que no han sabido llegar los entendimientos mas sublimes y agigantados. Y así hacen una injuria gravísima á Moisés y á la autoridad divina, que tienen sus escritos, los que, por acomodarse al gusto de nuestro siglo, llaman *Sistema de Moisés* la narracion que hace de la obra de los seis dias, ó de la creacion de todas las cosas. El que inventa un sistema, deba dar razon de él, estableciendo principios, y reduciendo á ellos todas las consecuencias que puedan resultar: debe apoyarlo con argumentos y pruebas que lo persuadan: debe por último responder á todas las dificultades que se le opongan, ó á las objeciones que se le puedan hacer. Y despues de todo esto se queda en el estado de verisimil, conjetural ó hipotético; porque no hay ninguno de esta clase, que no esté sujeto á muchas é indisolubles dificultades. Pero Moisés no nos propone aquí su sistema, esto es, un sistema que él haya inventado, sino que refiere el órden que guardó Dios para criarlo todo; pero de tal manera, que no admite duda, réplica ni contradiccion. Para esto no usa de otros preámbulos, pruebas ni razones, que la simple narracion del órden que guardó Dios en sacar de la nada todas las criaturas. *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.... Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fue hecha la luz.... Dijo tambien Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas.... Y fue hecho así.* Palabras breves y sencillas; pero enfáticas y eficacísimas, que confunden toda la presuncion de la humana sabiduría. Por lo que vana y temerariamente se gloriarán los hijos de los hombres en sus discursos, si pretenden adelantar mas, que lo que inspiró Dios á Moisés, conforme á lo que él crea por una constante tradicion de padres á hijos, desde Adam hasta el tiempo en que vivió. Y si los sabios de la tierra fiados en la sublimidad de sus cálculos y combinaciones, piensan descubrir alguna novedad, que no sea en todo conforme á lo que nos dejó escrito este divino historiador en poquísimos renglones; ó si se persuaden por último que se puede mejorar ó perfeccionar, lo que, siendo todo obra de Dios, dejaría de serlo, si tuviera por medida la corta capacidad, y limitado saber de todos los hombres juntos; son vanos, y muy ciegos semejantes filósofos. El extracto y la substancia de lo muy sólido, que sobre esta materia encierran todos nuestros sistemas metafísicos, se reduce á decirnos que es necesario ir subiendo de un ser á otro ser hasta llegar á aquel Supremo, del que todos los otros tienen su existencia; y que no debe la suya sino á la empuencia de sus perfecciones. Todo lo cual comprende Moisés en estas brevisimas palabras, con que da principio á su Libro: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.*

Es superfluo que nos detengamos aquí en amontonar alabanzas para elogiar á un varón que es mayor que todo lo que de él se puede decir. Sus acciones mismas forman su mayor elogio; y apenas habrá persona, que lea con alguna atencion la portentosa serie de todos los hechos de su vida, que no quede sorprendido, viendo y contemplando abundancia y majestad inmensa de

un Dios, que se dignó acomodarse de tal manera á la condicion de un hombre, que le distinguió, y se familiarizó con él, como puede un amigo muy íntimo con otro. Y este solo es un compendio de todos los elogios, que pueden hacerse de este varón respetado por todos los siglos. Pero el que desee una satisfaccion cumplida en esta parte, puede leer los tres libros que escribió Philon judío sobre este argumento, y el que sobre el mismo nos dejó San Gregorio Niseno.

